

y aun eternizar si es posible una situacion que os conviene, y asi no es el interés del pais sino el vuestro y el de vuestro partido el que con tanto ahinco procurais.

Mas no es solo el inconveniente de tiranizar la opinion y de anular la representacion verdadera de los pueblos el que produce la violencia en las elecciones: por este medio, el poder forma un ejército para su defensa, dispuesto siempre á santificar sus actos por mas injustos é inconstitucionales que sean. Una vez dado este golpe, con él pueden los ministros creerse seguros como dueños de un bill de indemnidad que abre inmenso campo á todos los delirios de su omnipotencia. Desde entonces no hay barreras que no caigan, ni derechos que no se vulneren, ni títulos que no se desprecien, ni tropelía que no se cometa. Una aprobacion ruidosa ó muda, pero siempre uniforme, responde á todas las quejas y á todos los ataques, y el ciudadano mas pacífico se ve rodeado de peligros que aborta cada dia el capricho de una arbitrariedad irresponsable.

Por eso es tan precaria, tan arriesgada y espuesta nuestra situacion. ¿Hay un ciudadano de quien se recele? Este recelo basta para atropellarle, y en vano será que alegue una vida inofensiva é inocente, si ha tenido la desgracia de despertar la mas liviana sospecha ó el mas soñado temor. ¿Hay una venganza que satisfacer, un odio que ensayar, una familia que perseguir? Abierta está la puerta á todas horas, y la delacion mas inverosímil y aun mons-

truosa basta para que en la oscuridad y en el secreto se prepare, se teja y consume su destruccion. ¿Hay una persona que se haga notable por sus talentos ó por sus virtudes? Mañana podrá ser una acusacion ó un estorbo, y es necesario que desaparezca, porque en esa marcha ciega y funesta, la virtud hace sombra condenando sin hablar, y no debe admitirse ni rival ni contradiccion. ¿Hay un diputado independiente que se atreva á denunciar con valor tantos desmanes? Pronto se verá envuelto en una persecucion sangrienta sin que de ella le libre la inmunidad de su carácter, y sus colegas sancionarán y aplaudirán el sacrificio si con él se creen mas seguros. Semejante estado es mil veces peor que el de la vida errante de los bosques. En esta al menos la fuerza se opone á la fuerza, y el salvaje libra su seguridad en el valor de su brazo, en su arco, y en sus flechas; pero en una sociedad asi constituida, la fuerza del individuo no puede oponerse á la fuerza organizada que él paga para que le proteja, y que muchas veces en manos de un gobierno injusto sirve para aniquilarle. La peor de todas las fuerzas es la que se ejerce á la sombra de la ley y en su nombre, porque contra ella no hay resistencia ni defensa. En medio de tanta ansiedad y de tantos dolores, quedaria el consuelo y el recurso de elevar sus ecos al poder ó á las cámaras, para que echasen sobre el pais una mirada compasiva; pero aun este camino está vedado ó se ha rodeado de tantos obstáculos, que nadie puede em-

prenderlo sin peligro, ni avanzar en él un solo paso sin tener que retroceder tristemente convencido de la inutilidad de su designio. El derecho de peticion, ese derecho de queja y de defensa pacífica que en todos los países se permite aun á los mas criminales, entre nosotros se niega ó se hace de todo punto estéril, para que los acentos de la desgracia pública no puedan llegar á las altas regiones, ni turbar en ellas la loca alegría de que gozan los hombres del poder en sus banquetes y en sus festines. ¡Triste condicion la de un pueblo condenado á sufrir sin tregua y á devorar en silencio los ultrajes, porque los que se los prodigan no quieren siquiera oír! Los que en lo antiguo eran sometidos al tormento, podian al menos dar al aire los ayes que arrancaba á su fortaleza el martirio; pero nosotros no podemos permitirnos ni aun ese desahogo, y si algunos ciudadanos heridos por el mismo golpe intentan reunirse para formular una demostracion tranquila de su despecho, la policia los califica de sospechosos, se les mira como agitadores, y se les condena como tales, porque en estas circunstancias es un horrible crimen todo lo que no sea una resignada ó lisonjera aprobacion.

Todavia podria esperarse que la imprenta vindicara los derechos atropellados, y combatiera sin descanso en favor de la buena causa. Mas la imprenta ha sido destruida como las demas garantías, y se ve condenada á ser testigo impasible de tantos desafueros. Si alguna vez quiere romper las odiosas cadenas con que se

la ha amarrado, se la denuncia, se la lleva á un jurado que no es jurado, y allí se la condena á prisiones ó enormes multas para agradar á un poder que manda invisible en todas partes.

Y no se nos crea dispuestos á aprobar los desmanes en que la imprenta puede incurrir. Queremos para todos el derecho, y para ninguno el abuso ni la impunidad. Queremos que la imprenta sea libre segun debe serlo como institucion, y tan lejos estamos de autorizar sus extravíos, como de perdonar á sus opresores. Si no se hubiera de permitir sino lo que no tiene ningun peligro, necesario seria que renunciásemos á todos los establecimientos humanos, porque todos ellos abundan en riesgos y en inconvenientes. La ley los impide ó los castiga, y nunca el hombre por poderoso que sea debe sobreponerse á la ley, para sustituirse á ella la voz de su pasion ó de su interés. Cuando la voluntad del que manda es la única regla y el único oráculo, la seguridad huye de todos los corazones, y no puede decirse que hay gobierno cuando no hay mas que anarquía: Sí: porque la anarquía no está solo en las masas: puede tambien hallarse en el poder, y entonces es doblemente temible, porque la apoya su fuerza, y la ensaña mas su irresponsabilidad.

Y en medio de tantos males, de tanto padecer y de tantas lágrimas, se oyen con frecuencia resonar los alegres cantos de las orgías y la ruidosa esplosion de unos pocos que se proclaman felices. Son los favorecidos por el poder los que forman su escolta y su brillante acompañamien-

to, los que disfrutan empleos que no sirven, sueldos que dilapidan, y condecoraciones que no han merecido. Son los que viven de la miseria general, y que semejantes al buitre se complacen en devorar al cuerpo que el rayo de la tempestad dejó tendido en el campo. Faustuosos trenes, casas magníficas, comodidades y lujo les rodean por todas partes, y en tanto las provincias trabajan, y producen, y pagan insostenibles impuestos, para que todo ello se disipe como el humo, al viento de nuestra vanidad insensata. Nosotros diríamos á estos modernos Cresos para moderar la loca embriaguez de su orgullo. Tomad vuestros cómodos carruages, é id á visitar cualquiera de los pueblos que con su trabajo mantienen la espléndida escena de vuestros goces. Bien pronto tendreis que apeáros, porque os encontrareis sin caminos que conduzcan á aquellas abandonadas poblaciones. Acercaos á ellas: allí vereis al agricultor luchando á brazo partido con la naturaleza, para arrancar á la tierra el escaso alimento que compra con su sudor. Cuando despues de agotadas todas sus fuerzas ve llegar la noche, le mirareis entrar en una miserable cabaña, si es que ha sido tan feliz que ha podido procurársela; pero solo tiene en ella para su sustento y descanso un pedazo de pan que no querrian comer vuestros perros, y un haraposojergon, bien diferente del blando y abrigado lecho que preparais á vuestros caballos. Ese infeliz que es vuestro hermano, no se atreve á avanzar con su mirada mas allá de la hora fugitiva que atra-

la existencia por su existencia de dolor, porque el día de mañana solo le representa una vejez sombria y de abandono sin un hospital donde reclinar su cabeza calenturienta, y una muerte miserable entre las angustias del mal y las privaciones de la indigencia. Volved ahora la mirada á la corte, y decidme si son de la misma nacion dos pueblos tan diferentes, y si vosotros ese hombre sois por la religion hijos del mismo padre. Y sin embargo, ese lujo se estiende y se alza en el centro de este gran desierto, como las pirámides de Egipto se elevan en el seno de aquellas abrasadas llanuras, ó como el cuervo tiende sus brillantes alas sobre un cementerio sembrado de sepulcros. Mas ese lujo tiene tambien su expiacion, y dia llegará en que sean sus víctimas los mismos que los nutren. La historia no nos presenta ningun pueblo á quien ese fausto y brillo pasagero no haya llevado á la afeminacion y á la molicie, y por último á su ruina. El lujo habia ya debilitado á los Asirios antes de la muerte de Sardanápalo, que llevó su insensatez hasta el punto de mandar se le consagrara un épitafio que recordara y recomendase su vida de fausto y de placeres. Mas tarde el lujo fué causa de la decadencia de Atenas, que por su ostentacion habia degenerado de la frugalidad y templanza de los tiempos primitivos. Roma se vió débil y corrompida cuando el lujo se hizo de primera necesidad para los ciudadanos, desde las agitaciones y despojos del afortunado Sila. Y mas cerca de nosotros el

reinado de Luis XIV á fuerza de disipacion llamó sobre sí la miseria mas horrible, y preparó los dias de luto que despues cayeron sobre la dinastía y sobre la Francia. Toda nacion que quiere brillar en demasía se ve bien pronto reducida á la nada, como la antorcha que aviva y multiplica su luz, se convierte súbitamente en pavesa.

Pero hay todavia otro peligro. El fausto elevado á esa altura desmedida no fascina, sino que enfurece al pueblo, que cree ver en cada alarde de boato un sacrílego sarcasmo arrojado sobre su pobreza. Sus pasiones se irritan, porque el cuadro que las provoca está siempre delante de sus ojos, ó grabado en su memoria. Revuelve en su corazon la masa inflamada de su ódio, y espera la ocasion de arrojarle á la venganza, viendo que no tiene que esperarla de las leyes ni del poder.

Esa hora aunque tarde, llega alguna vez, y entonces se rompe el dique del sufrimiento, y de la justa queja se pasa á la violencia y al delito, y el átomo despreciado y casi imperceptible derriba al coloso, como la leve piedrecilla hizo pedazos la estatua de Nabucodonosor. ¿Queréis hacer imposibles los impulsos que llevan á estas catástrofes? No seais insolentes en el gozo, ya que de él os mostrais tan avaros, y vendad vuestros vicios y vuestros placeres con el manto siquiera del pudor.

Pero no: ese dia que debía la prudencia cuidar de alejar, se encarga la fuerza de hacer palpable siempre irrealizable. Cualquier ligero ru-

mor turba y alarma al gobierno, que se ve interiormente acusado por la conciencia de sus predilecciones y de sus abusos. Si nota inquietud, si alguno tiene suficiente valor para protestar contra lo existente y para procurar un porvenir mas justo y mas dichoso, se despliega el aparato mas imponente de rigor, se nombran tribunales especiales, y los que todavia quemaban en el fondo de su corazon un incienso puro á la libertad, son diezmados sin clemencia por la seguridad de los verdugos.

Hombres del poder: este es el cuadro de vuestro sistema y de vuestra conducta. No soy yo quien inventa al pintarlo. Vosotros me habeis dado el asunto, el lienzo, los colores y el pincel. ¿Qué habeis hecho con vuestros funestos principios de esta nacion otro tiempo tan libre, tan rica y tan feliz? Vuestra mano lo ha secado todo, y vuestra palabra tan fecunda para el mal, ha cambiado la seguridad en recelo, la libertad en servidumbre y la abundancia en pobreza, para levantar entre tantos escombros el magnífico palacio de la dominacion de vuestro partido. Ved vuestra obra, y sea el remordimiento vuestro primer castigo, si es que el ruido atronador que hace en torno vuestro la turba de aduladores que os rodea, permite á vuestra alma que piense, y á vuestro corazon que sienta.

Mirad ese pais esquilado, hambriento de pan, de libertad y de justicia, que solo puede levantar sus manos al cielo en la plegaria del infortunio; porque nada espera si las dirige á una

—cámara que ni le representa ni le tranquiliza. Mirad hasta las más infelices aldeas pobladas de cárceles en que gimen, no los que han prometido el justo castigo de las leyes, sino los que han sido blanco de la ira de los mandarines.

Mirad ese pueblo que agota su sufrimiento sin que le quede esperanza, ni el desahogo de quejarse, porque para vosotros la esperanza es un síntoma de rebelión, y la queja es un crimen.

Mirad esa imprenta con la mordaza que vuestro delirio ha puesto en su boca para que ni una respiración siquiera venga á turbar vuestro triunfo, ni la menor discusión pueda haceros perder la cosecha de dolores, de lágrimas y de sangre que hasta ahora habeis recogido.

Mirad todas esas víctimas sacrificadas á vuestro encono, que desde el seno de las tumbas alzan su voz imponente para denunciar á Dios y al mundo vuestra injusticia y vuestra inhumanidad.

A bien que si no para dar serenidad á vuestro espíritu, para aletargaros en vuestros penosos recuerdos hay brillantes mansiones de esplendidez, de fausto y de ostentación, donde podéis ir á ahogar por algunos instantes vuestros temores y vuestros presentimientos.

A bien que si el país se encuentra miserable por los tributos con que le habeis agobiado, la opulencia brilla y se ostenta radiante entre vuestros adeptos favorecidos. A bien que si unos padecen y lloran, otros gozan y cantan: á bien que si unos mueren, otros nacen para reemplazarlos.

Esa será sin duda vuestra teoría y vuestro

consuelo: teoría funesta, teoría insensible, teoría de destrucción, que aniquila en vez de crear, y que siembra de fúnebres cipreses la tierra regada con sangre, que á vosotros se os había encargado poblar con la pacífica oliva, y guarnecer con laureles y con rosas. No espereis otro fruto de esas doctrinas tan fatalmente ensayadas en días de maldición, y siquiera por tener algun alivio en vuestras punzantes reminiscencias, siquiera por evitar á vuestros corazones un arrepentimiento tanto más doloroso cuanto será mañana más tardío é inútil, dejad ese banco, emblema mientras lo habeis ocupado de la fabulosa caja de Pandora, y venid á confundiros con el pueblo, para que podais tocar por vosotros mismos el resultado de vuestros desaciertos, y compartir con los demás ciudadanos la triste herencia que habeis legado á esta infortunada nación.

